

¿Pánico nuclear?

RAFAEL L. BARDAJI

Profesor de Estudios Internacionales (ICADE) y Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

HACE ahora tres años, al filo de la guerra del Golfo, el célebre autor de novelas bélicas, Tom Clancy, publicaba una obra cuyo título en castellano era el de Pánico Nuclear. Su trama: la apropiación por parte de un grupo terrorista palestino de una bomba nuclear israelí, perdida tras unos momentos de desesperación durante la guerra del Yom Kippur. La conversión de la bomba de gravedad en un ingenio plenamente operativo la llevaban a cabo científicos de la ex-RDA con tecnología ex-soviética.

La novela, una excepción en su género y en su autor, acaba mal, con la final detonación en suelo americano del ingenio atómico. No cabía, en realidad, otro final, tan sencillo, aunque laborioso, era el método utilizado por los terroristas, brillantemente descrito en más de 700 páginas. Tom Clancy avanzaba no tanto una visión apocalíptica de setas atómicas por doquier -sólo se hablaba de un único ingenio- sino más bien una percepción pesimista ante la realidad de la proliferación y el descontrol nuclear.

Ese temor a un arsenal atómico sin garantías de control ni salvaguardas fue lo que motivó, como ya sabemos, la aceleración del desarme y la oferta americana de desnuclearización cooperativa, particularmente desde el golpe de estado en Moscú en agosto del 91 y el nerviosismo causado entonces por la «desaparición» del maletín negro de Gorbachev, el mecanismo iniciador de la orden de disparo.

LA REALIDAD SUPERA SIEMPRE A LA FICCIÓN

Sin embargo, asegurar el control de los componentes de un ingenio nuclear, así como el material fisible, resulta mucho más difícil que monitorizar misiles o cabezas, como la realidad ha venido a demostrar.

Así, cuando el vuelo 3369 de Luft-hansa, procedente de Moscú, aterrizó en el aeropuerto de Munich, el pasado 10 de agosto, los pasajeros que desembarcaban, entre los que, curiosidades del destino, viajaba Victor Siderenko, viceministro ruso para la energía atómica, apenas pudieron notar cómo los hombres de la brigada especial y del bureau de investigación criminal (LKA), rodeaban la bodega de carga del avión y tras una breve búsqueda incautaban una maleta negra facturada por un pasajero colombiano que viajaba en compañía de dos comerciantes españoles.

La maleta no contenía el típico cargamento de drogas que cualquiera podría sospechar, sino que escondía un contenedor metálico en el cual se encontraron unos 200 gramos de litio-6 (un isótopo utilizado en la fabricación del tritio) y 560 gramos de óxidos de uranio y plutonio, de los cuales, 408 gramos eran de dióxido de plutonio.

El contenido de la maleta no era despreciable. En primer lugar, por su cantidad, casi un kilogramo de sustancias altamente radioactivas; y, en segundo lugar, porque la composición isotópica del uranio aprehendido le daba un altísimo porcentaje (87'2%) al plutonio 239.

Pero, de acuerdo con las declaraciones de las autoridades alemanas por esos días, lo que las ponía más nerviosas era saber que no se trataba de un único alijo, sino el más importante hasta la fecha. Efectivamente, la policía ya había encontrado en mayo 5'6 gramos de plutonio 239 en el garaje de un mecánico, en Tengen. Y en julio habían también confiscado cerca de un gramo de uranio 235 enriquecido para uso militar, en Landshut.

A partir de ese momento y durante algunas semanas, la prensa se hizo eco de varias capturas más. Y en la medida en que fuentes oficiales ale-

manas de aduanas y del servicio de inteligencia reportaran la presencia de agentes iraníes en Alemania, los periódicos se volvieron frenéticos avanzando historias sobre terroristas pakistaníes, Sadam Husein, e incluso la banda ETA. En España hasta Inter-viú le dedicó su espacio.

LA OTRA CARA DE LA MONEDA

A quien menos gustó la captura de Munich fue a los líderes rusos, quienes se enteraron por la televisión y la prensa y no por las autoridades alemanas. En Moscú, oficiales del Minatom y de la Agencia de seguridad (FSK) negaron enfáticamente que el material incautado procediera de sus instalaciones y argumentaban que había embarcado en Munich en un viaje de ida y vuelta. Y que lo correcto hubiese sido, en cualquier caso, notificar a la policía rusa los datos para que la interceptación se hubiera realizado antes del despegue en Moscú.

Y en buena medida los rusos tenían razón. Por muy protegido que viajara el material en la maleta, de eso, en teoría, no había constancia previa. Y, en cualquier caso, si hubiese ocurrido un accidente, los daños hubieran podido ser dramáticos.

Ahora, sólo tenían parte de razón. Para empezar, los análisis conducidos por investigadores del Euratom trazan la procedencia del material inequívocamente en Rusia (dado que el plutonio llevaba un aleado galio, en un estilo particular de los programas de producción militar soviéticos). Lo que no se puede o se atreven a precisar es exactamente dónde en Rusia.

Pero lo que sí parece es que la captura de Munich fue «inducida» por los propios servicios de inteligencia alemanes, la BND y la LKA. Al menos esas son las conclusiones de un informe de

la Comisión de Control Parlamentario (PKK) encargada de vigilar las operaciones de los servicios de inteligencia: que periodistas y agentes secretos y de policía, aparentando ser compradores, habían prácticamente creado un mercado negro que no existía.

De hecho, exceptuando las capturas de Tengen y Munich, en el resto de operaciones el material encontrado, siendo radioactivo, lo eran de bajo grado o componentes de mercurio sin valor alguno en el uso militar.

LA VERDADERA DIMENSION DEL PROBLEMA

De acuerdo con estimaciones occidentales, Rusia cuenta en la actualidad con unas 720 toneladas de uranio altamente enriquecido, de las cuales unas 480 podrían estar instaladas en sus armas nucleares. Igualmente, contaría además con unas 125 toneladas de plutonio enriquecido para uso militar, de las cuales algo más de la mitad serviría como combustible. Material radioactivo no enriquecido a nivel militar igualaría, al menos, a las cifras dadas. Si multiplicamos las toneladas por 1000, nos daremos cuenta de los kilos de problemas que se nos vienen encima.

Ciertamente, mucho de ese material está bien custodiado, ya que es parte integral del sistema de defensa, pero, según la agencia de seguridad nuclear, los almacenes de material radioactivo llegan a sumar 900 por todo el territorio de la antigua URSS, la mayoría en Rusia. La Minatom oficialmente, qué

otra cosa puede decir, asegura que la custodia de todas esas instalaciones está plenamente asegurada, pero mina su credibilidad cuando afirma que el informe de los técnicos del Euratom es falso y que el uranio y plutonio capturado en Alemania procede de Francia, Inglaterra o la misma Alemania, instrumento de un complot occidental.

La degradación de la vida en Rusia ha hecho que las mafias y los mercados negros proliferen y se adueñen de actividades por completo. Y el terreno nuclear, apetitoso como es, no tiene por qué resultar distinto. Tal vez eso es lo que intentaban demostrar los policías alemanes.

Sin embargo, su acción ha sido, finalmente, contraproducente. Habiéndose puesto de relieve su maquinaria, se diría que el problema no ha existido y que, por tanto, no va a existir. Y tal vez no en Alemania, pero ese no es el punto.

Está claro que si un país o grupo está interesado en adquirir ilegalmente uranio enriquecido o cualquier otro componente nuclear no realizaría la transacción en suelo europeo -y menos alemán- donde tendría a todos los servicios de inteligencia y policía en su contra. Si acaso usaría simplemente sus canales financieros para efectuar los depósitos en alguna cuenta suiza. Lo lógico es que lo intentara en zonas de menor vulnerabilidad y exposición, de más fácil porosidad. Y esas zonas hoy son la periferia musulmana de Rusia. Y la zona de los Balcanes. O muy a la desesperada, Tur-

quía. Es ahí donde los servicios de inteligencia deberían mirar con lupa. Aunque nosotros vivamos en una especie de conciencia post-nuclear, hay muchos países que se sienten atraídos por el armamento más poderoso, el arma absoluta, como la definió el estratega americano Bernard Brodie.

ALGUNAS PRECAUCIONES

Ahora bien, no todo se debe dejar en manos de los guardianes encubiertos. El año que viene se revisa el Tratado de No proliferación y es previsible un acuerdo sobre la prohibición de ensayos nucleares. Ambas cosas deben ir unidas a un sistema de inspecciones por parte de la Agencia Internacional de la Energía Atómica más intrusivas de las que hoy se llevan a cabo.

Tal vez, la propia Agencia pueda diseñar un sistema de monitorizar las cabezas nucleares y el material fisible en almacenamiento. Se puede usar la experiencia, en ese sentido, del acuerdo INF y los sistemas de control en el perímetro de las plantas de fabricación, por ejemplo.

En segundo lugar, cabe acelerar el proceso de destrucción de las cabezas sujetas a reducción por los acuerdos de desarme.

Y, en tercer lugar, habría que iniciar conversaciones para sustituir el plutonio con uranio de bajo grado como combustible en los reactores nucleares.

No son medidas panacea, pero nos liberarían de gran parte de nuestra angustia nuclear ■

Efemérides aeronáuticas

DICIEMBRE. El 22 de este mes del año 1921, en plena «campaña de desquite», la decidida actuación de la 2ª Escuadrilla del Grupo de Melilla, sacó de una muy apurada situación a la columna que atacaba Ras Tikermín, metiéndose los aviones por los barrancos, bombardeando y ametrallando a las nutridas concentraciones de moros en vuelo rasante, hasta el asalto y conquista de las posiciones por las tropas de tierra.

Fueron muy castigados los aparatos por el fuego de fusil y ametralladora de los motores, resultando tres de ellos derribados y un aviador, el teniente Agustín Hidalgo de Quintana, gravemente herido.

Larus Barbatu